

ALÉJATE DE MÍ

Volvía de cenar en casa de unos amigos, paseando tranquilamente y disfrutando del frescor de la noche después de un día de verano muy caluroso, cuando un ruido salido de una bocacalle llamó mi atención. No se puede decir que sea muy valiente, aunque tampoco un cobarde. Cuando mi mente intentaba convencer a mis sentidos de no haber oído nada para de esa forma no tener que investigar lo ocurrido, un grito fuerte, potente, como el que deben dar los condenados al infierno cada vez que los torturan, quebró el silencio de la noche. Ahora ya no tenía ningún tipo de duda. Alguien, un hombre, parecía necesitar ayuda. Irguiéndome lo más posible, sacando pecho al máximo, apretando todos mis músculos, poniendo cara de tipo duro, todo ello para infundirme valor a mi mismo más que para intimidar a quien pudiera encontrar, eché a andar directo a la oscuridad del callejón.

La calle, apenas iluminada, invitaba al más valiente a volver sobre sus pasos. Sin embargo, una vez tomada una decisión no podía volverme hacia atrás. Con lentos pasos, controlando incluso mi propia respiración para no hacer ruido y alertar a quien me estuviera esperando protegido por el manto de la noche, fui avanzando. Pase por delante de la puerta de un restaurante ya cerrado; casi tropiezo con una farola con las luces rotas lo más seguro que a pedradas. La basura generada por el restaurante, más de lo normal, se apelotonaba en torno a los cubos, repletos hasta el borde, destinados para contenerla dispuestos a ambos lados de la acera. Los basureros todavía no habían pasado para recogerla y el hedor que desprendía me obligó a cubrirme la nariz con la parte superior de mi camiseta. Cuanto más penetraba en el callejón el olor se iba haciendo más y más desagradable. Era tan fuerte que notaba cómo mi ropa se iba impregnando de él poco a poco. En una ocasión la camiseta resbaló hacia abajo dejando al descubierto mis fosas nasales. Sin respirar, temiendo contaminarme si lo hacía, la volví a colocar en su sitio y al hacerlo olí sin querer mis manos. Olían a podrido. Me paré un instante y las miré fijamente. Primero las palmas, luego el dorso. Estaban como siempre, en perfecto estado. Las acerqué de nuevo a mi nariz y las olfateé. Olían a muerto.

Confieso que estuve planteando seriamente si olvidar el tema y continuar mi camino hacia mi casa como si no hubiese oído nada. Pero quizás sea curiosidad o una atracción misteriosa la que sentí la que me impulsó a proseguir con mi investigación. El hombre que había gritado no debía de encontrarse muy lejos. Pronto estaría visible.

Parecía que no todas las farolas del callejón estaban rotas. A lo lejos se veía un punto de luz. Fuera del círculo proyectado por la bombilla, todo permanecía en completa oscuridad. A mi lado se podría encontrar un asesino y no habría podido verlo. El oído era en el único sentido en el que podía confiar y por eso permanecía continuamente atento, a la escucha de cualquier ruido que me indicase por dónde tenía que continuar mis pasos. Pero nada. Todo era silencio. Cuando ya me encontraba cerca del foco de luz, dos sombras como gladiadores en el circo romano, saltaron dentro de él. Una era grande, la otra pequeña. Tropezaron, cayendo al suelo. La grande giró sobre sí misma llevándose consigo a la pequeña, desapareciendo de mi vista. De nuevo, el grito que oyera al principio tronó. En esta ocasión, más que un alarido de miedo dio la impresión de tratarse de un grito de guerra, como el que debieron de usar los bárbaros para enardecer sus corazones momentos antes de la lucha.

Cuando ya estaba a punto de alcanzar la farola, un gigante salido de la nada me golpeó en el hombro tirándome al suelo. Apenas si pude verle en su huida. La otra sombra no le seguía, así que supuse que la

encontraría al lado del punto de luz. Y, efectivamente, allí adiviné, más que vi, su figura. La sombra gigante parecía haber machacado a la sombra pequeña, que permanecía inmóvil sin dar señales de vida. Durante unos instantes temí que estuviera muerta, pero al acercarme un poco más pude oír su respiración. Como no podría atender a quien fuese correctamente estando ambos inmersos en una casi completa oscuridad, agarré a la sombra por los hombros y la arrastré hasta el punto de luz.

Mi corazón dio un vuelco cuando la vi allí tumbada. Se trataba de una chica de unos veinte años de edad, de un pelo más negro que la noche que nos envolvía que contrastaba deliciosamente con una piel más blanca que la propia pureza. Parecía sufrir mucho, no solo por los gestos de dolor que hacía o porque sus labios permanecieran semiabiertos y estuviera jadeando continuamente como a quien le cuesta respirar, sino porque todo su cuerpo se retorció como si se encontrara sometido a las peores torturas.

Ahora me lamentaba por mi cobardía que me había impedido avanzar más rápidamente hacia el interior del callejón. Si lo hubiese hecho quizás hubiese llegado a tiempo y la chica que yacía delante de mí no habría sufrido ningún tipo de daño. Pero el mal estaba hecho y lo que tenía que hacer era ponerle remedio.

Pasando uno de mis brazos por debajo de su cintura y el otro por su espalda, la levanté y comencé a desandar mis pasos. Estaba tan alterado por la situación que no me llamó la atención que la joven llevara un abrigo hasta los pies a pesar del calor que hacía. Mientras andaba iba pensando en los pasos que daría a continuación. Tenía que llevarla a un hospital para que miraran si su estado físico era bueno o si había sufrido graves daños durante la agresión, y, por supuesto, tendría que informar a la policía del hecho para que buscaran al gigante. Lo malo que mi declaración no iba a servir de mucho. A la chica no la oí gritar en ningún momento, sino que fue la voz del hombre la que me llamó la atención. Y cuando me empujó apenas si pude verle la cara unos instantes. Lo único que tenía claro era su corpulencia, pero nada más. Para poder buscarlo la joven que llevaba en brazos tendría que dar más información.

El hospital más cercano se encontraba bastante lejos y la hora y el día que era no me iba a permitir encontrar un taxi fácilmente. Opté por llevarla a mi casa, que se encontraba a menos de cinco minutos del lugar, y descansará allí mientras yo llamaba a una ambulancia. También pensé que sus familiares estarían preocupados. Lo que haría sería registrarla buscando algún número de teléfono a quien poder llamar, informándole de su situación.

El camino hacia mi casa resultó sencillo. La chica no pesaba mucho, no siendo muy costoso cargar con ella. Al llegar a mi portal, saqué las llaves y, sin dejarla en el suelo, abrí.

- Buenas noches - sonó una voz detrás de mí mientras empujaba la puerta para entrar.

Estaba visto que la noche iba a ser más larga de lo esperado en un principio. Porque la voz era de una mujer que sino hubiese pensado que se trataba del gigante que me perseguía para reivindicar su botín.

Sin darme la vuelta, volví el rostro, observé detrás de mí a una joven rubia que cubría su cuerpo con un especie de abrigo muy parecido al de la chica que llevaba en brazos, y al no reconocerla como vecina opté por continuar empujando la puerta para entrar lo más rápidamente posible. Cuando la puerta parecía que iba a cerrarse, la chica rubia la sujetó con una mano impidiéndoselo. El corazón me dio un vuelco, no por miedo a la joven, puesto que no parecía ser muy fuerte físicamente y lo más seguro es que hubiese podido con ella en caso de tener que pelear, sino por miedo a la situación. Había algo extraño en todo

ello. Sabía que no tenía que dejarla entrar, todo mi ser me estaba advirtiendo en contra de ella. ¿Por qué? No lo sé, pero no debía de entrar bajo ningún concepto.

- ¿Te apartas para que pueda entrar? - ordenó mirándome con desdén, mientras torcía la boca con desprecio.

Por culpa de la posición, la joven que llevaba en brazos estaba resbalándose. De forma instintiva retiré la mano que sujetaba la puerta, deslizándola de nuevo por debajo de la chica, agarrándola con fuerza para que no se cayera. La rubia, aprovechó ese momento para colarse en el portal. A través de la puerta abierta, una ráfaga de viento trajo consigo el mismo hedor a podredumbre que había oído en el callejón. O quizás en esta ocasión fuese más fuerte pues poco faltó para que vomitara. La rubia debía tener calor pues comenzó a quitarse lentamente, como si estuviera haciendo un striptease, uno de los guantes. Parecía disfrutar haciéndolo. Hasta ese momento había tenido clavada continuamente su mirada en mí, pero mientras se desnudaba pareció fijarse por vez primera en la joven desmayada entre mis brazos. Al verla las pupilas de sus ojos se contrajeron bruscamente, la piel de su rostro se tensó sobre sus músculos, sus ojos se hundieron, las manos le comenzaron a temblar. Durante un par de segundos permaneció inmóvil como una estatua. De repente, sus ojos ardieron de rabia, y mirándome con furia como si intentase abrasarme salió del portal.

Las chicas de hoy en día beben mucho y supuse que esta debía de ir bien cargada. Lo más probable es que, por casualidad, me viera entrar en casa y decidiese pasar conmigo esa noche. En más de una ocasión he visto comportamientos semejantes. Y por eso el numerito del striptease, y por eso, precisamente, el cabreo al ver que esta noche ya estaba acompañado por otra chica. No debía preocuparme demasiado, pues lo más probable es que antes de que pasara media hora hubiese encontrado a otro con quien jugar.

No recuerdo haber llamado al ascensor, ni subir en él, ni abrir la puerta de mi casa, ni tumbar a la joven cada vez más pálida en mi cama, pero supongo que tuve que hacerlo. Mi vida siempre ha transcurrido sin sobresaltos de ningún tipo y todo lo vivido esa noche parecía exceder en mucho mi capacidad. Lo siguiente que recuerdo es lo extraño que me sentí viéndola acostada en mi lecho, cubierta por completo por un abrigo excesivamente largo. Por primera vez pude verlo con detenimiento. Si bien no iba maquillada, ni siquiera llevaba pintada la raya del ojo, su estilo de vestir era tipo gótico. El abrigo era bastante curioso. No tenía ni botones ni cremallera. Más que abrigo parecía una camiseta larga hecha de tela bastante gruesa. Las manos se encontraban cubiertas por unos guantes muy similares al que la chica rubia había comenzado a quitarse, y las piernas las tenía totalmente cubiertas por unos pantalones de una tela que se ajustaba perfectamente a su cuerpo. Para finalizar su extraña vestimenta una especie de botas militares cubrían sus pies.

Supuse que una de las causas de su malestar sería la excesiva ropa y decidí quitársela - por supuesto, solo la imprescindible, no soy un degenerado y no me movía ningún tipo de interés oculto -. Las botas parecían lo más sencillo de quitar. No tenían ningún tipo de hebilla ni cordón, bastando, supuse, con tirar de ellas para dejar sus pies en libertad. Pero los acontecimientos de la noche habían hecho más mella en mis fuerzas de lo que había creído y por más que tiré no logré extraerlas.

- Probaré con los guantes, saldrán más fácilmente - pensé, mientras le sujetaba una de sus manos.

La tarea, que en principio parecía sencilla, resultó ser más complicada de lo esperado. La tela de los guantes se adaptaba perfectamente a la mano de la joven, como si reivindicase su derecho a ser una

segunda piel. Al ser imposible agarrarla sin hacer daño a la chica , no pude extraer ninguno de sus guantes.

La situación me estaba empezando a alterar los nervios. Me resultaba ridículo no poder desnudar a una chica. Lo único que me quedaba por quitarle era el abrigo, pero ya no tenía muchas esperanzas de poder hacerlo. Lo agarré por la parte inferior y tiré de él hacia arriba, cediendo. Sin apenas esfuerzo logré quitárselo. Y lo que vi me dejó sorprendido.

Lo que en un principio tomé por guantes no eran guantes; lo que tomara por pantalones, tampoco; la muchacha se encontraba embozada en una especie de mono totalmente negro cuya única abertura parecía ser la del cuello por donde aparecía su cabeza. La tela se ajustaba perfectamente a cada una de las partes de su cuerpo. Por más que miré no encontré cremallera, o botones que permitiesen a la joven meterse dentro del traje. Estaba claro que no tenía ningún tipo de documentación, ni llaves, ni mechero, ni nada parecido de lo que suele llevar la gente en los bolsillos, y era claro puesto que carecía de ellos. Ni el abrigo, ni el mono los tenían. Lo cual quería decir que no podría avisar a ninguno de sus familiares.

¿Qué es lo que pasó a continuación? ¿Qué fue lo que sentí al verla, allí, tumbada sobre mi cama, con su cara de inocencia, pareciendo tan frágil como si se fuese a romper en cualquier momento, jadeando por culpa del malestar? Supongo que me volví loco pues es la única explicación a lo sucedido a lo largo de los siguientes días.

Recuerdo cómo un cometa surgido en mi estómago abrasó mi pecho lacerando mi corazón en su caminar hacia mi cabeza, en donde estalló. Los fuegos artificiales del amor corrompieron mis pensamientos, y olvidando que no tenía ningún derecho sobre la joven y que lo más probable es que sus familiares estuviesen preocupados por ella, buscándola, decidí no llevarla al hospital ni avisar a la policía, quedándomela el mayor tiempo posible. Yo la cuidaría, haría lo que fuese necesario por ella.

Una silla al lado de mi cama en donde descansaba mi amor fue mi lecho durante esa noche. Por la mañana, al despertar, la joven parecía encontrarse mejor. Mientras la palidez de su rostro había aumentado, sus jadeos habían desaparecido por completo. La crisis había pasado.

Dejándola descansar, después de darme una ducha, bajé a comprar al supermercado, no sin antes haber cerrado la puerta con llave.

- Es para que no entré nadie - pensé mientras giraba el llavín y me convertía en carcelero de la joven.

Mientras bajaba en el ascensor mi conciencia se revolvía en mi interior. No me estaba portando bien con la joven, no podía retenerla en contra de su voluntad. Además, sus padres al ver que no volviera la noche anterior estarían muy preocupados. Y, lo más probable, también estaría el novio. Yo no quería retenerla en contra de su voluntad, no podía hacerlo. Tenía que corregir mi comportamiento. Cuando despertara le pediría me diese un número de teléfono a quien llamar para que fueran a recogerla. No quería informar a la policía pues resultaría bastante sospechoso el que no hubiese dado parte del suceso inmediatamente. Cualquiera en su sano juicio lo habría hecho. No sé qué me había pasado. Yo no voy secuestrando a las chicas que me gustan y mucho menos si no se pueden defender. Sería de cobardes.

El chirriar de las puertas del ascensor al abrirse, me sacó de mi ensimismamiento. Salí y caminé hacia la calle. Al abrir la puerta del portal el corazón me dio un vuelco al ver a la chica rubia de la noche anterior allí, esperándome. Ahora, a la luz del día, con la mente un poco más tranquila, pude observarla un poco mejor. Vestía exactamente igual que la joven presa en mi casa, el mismo abrigo, las mismas

botas, los mismos pantalones, y los mismos guantes. Pero no podían ser iguales, puesto que juraría habérselos visto quitar. O quizás no, quizás solo vi que hiciera el ademán de quitárselos. La verdad es que no recordaba si llegó a sacárselos un poco o tan solo me dio a mí esa impresión.

Los ojos de la rubia permanecieron clavados en mí mientras, sin decir ni una palabra, me aseguré de dejar cerrada la puerta para que no pudiese entrar y eché a caminar en dirección al supermercado. Su mirada era mezcla de asombro, de curiosidad, de odio, de desprecio. La mitad de sus labios mostraban una sonrisa maligna, llena de crueldad, mientras que la otra mitad estaban semiabiertos como haciendo un gesto de admiración. A pesar de ser muy hermosa, la expresión de todo su rostro la hacía completamente repulsiva. Parecía una serpiente encargada de capturar a un ratón al que despreciaba, pero se mostraba sorprendida porque el animalito había dado suficientes signos de inteligencia como para ser capaz de escaparse por una vez de sus artimañas. Pero daba la impresión de estar convencida de que en un segundo asalto ella vencería, muriendo el ratón.

Me alejé lo más deprisa que pude. Cuando me creí lo suficientemente lejos giré mi cabeza para saber si me estaba siguiendo y la pude ver, allí, en medio de la acera con la mirada clavada sobre mí. Un efecto óptico sorprendente estuvo a punto de detener los latidos de mi corazón, pues si la vista no me engañó juraría que un transeúnte, como si de un fantasma se tratase, la atravesó. Pero literalmente. Supongo que fue producto del agobiante calor.

Al ser temprano el supermercado se encontraba casi vacío tardando poco tiempo en hacer mi compra. Mientras volvía un escalofrío recorrió mi espina dorsal cuando vi, en mi portal, todavía esperando, a la rubia. Si no hubiese sido por las ganas que tenía de ver a mi prisionera, me hubiese ido a dar una vuelta confiando en que se alejase de mi casa.

- ¿Cuánto tiempo podrás eludirme? - me preguntó mientras yo buscaba la llave en mi bolsillo.

- ¿Perdón? - intenté disimular -. No sé de que me habla.

Ella torció sus labios en una sonrisa malvada.

- ¿No lo sabes? - increpó y soltó una carcajada - ¿De verdad que no sabes a quién has acogido en tu casa? - y volvió a reír de nuevo mientras mis cabellos se erizaban de miedo -. Eres mío y no suyo, recuérdalo. Dentro de una semana volveré y entonces jugaremos.

Y se alejó riéndose.

Las pocas palabras que me había dicho me dieron mucho que pensar mientras subía a mi casa. ¿Decía que era suyo? Pero si nunca, antes de la noche anterior, la había visto en mi vida. Y ¿a quién era a quien había acogido en mi casa? A una chica desvalida, indefensa, enferma, que necesitaba que la cuidasen, nada más. Es verdad que la ropa que llevaba era muy extraña, pero eso no justificaba que pensara que se tratara de una asesina, ladrona o algo parecido. Sus rasgos eran tan puros e inocentes. Dudo mucho que nadie con semejante rostro pudiera ser mala persona.

El amor ilumina la vida y el corazón, poniendo un filtro delante de los ojos que hace que convirtamos las cosas alegres en maravillosas, las normales en encantadoras y las tristes en soportables. Estaba enamorado. Lo confieso. No creo ser culpable de ningún delito por ello. Cupido había lanzado su flecha en mi corazón, atravesándolo de lleno. Cuando llegue a casa, la chica morena seguía durmiendo. La enfermedad, o lo que fuese, parecía comenzar a remitir. Ya no jadeaba y el sudor de su frente había desaparecido. Descansaba plácidamente. Tumbada allí, en mi cama, con los ojos cerrados, las sienes

relajadas, la punta de los labios ligeramente tirantes hacia arriba formando una sonrisa, se me asemejaba el ser más encantador y dulce que hasta el momento hubieran contemplado mis ojos.

Como no sabía el tipo de enfermedad por la que había pasado le preparé un caldo, que metí en el frigorífico porque con el calor que hacía difícilmente pudiera tomárselo caliente. Me convertí en su guardián, sentado a su lado de la cama, leyendo un libro o escribiendo. Así pasé toda la tarde. Sobre las ocho empezó a dar síntomas de despertar. Sus ojos se abrieron, miraron el techo, se posaron sobre mí sin dar ningún signo de sorprenderse por estar al lado de un desconocido, sobre lo que leía, la mesilla, la puerta... lo escutaron todo. Intentó levantarse pero las fuerzas le fallaron.

- Estate quieta - le dije -. Todavía estas muy débil y no debes levantarte. Llevas casi veinticuatro horas durmiendo. Supongo que tendrás hambre.

No parecía darse cuenta de que a quien le hablaba era a ella y me dio la impresión de ver cómo buscaba con los ojos la persona a la que me dirigía. Al no encontrarla, entendiendo ser ella con quien charlaba, le temblaron las manos. ¿O lo imaginé? No estoy muy seguro pues todo lo vi por el rabillo del ojo mientras salía de la habitación en dirección a la cocina en busca del consomé.

Al volver la encontré más tranquila. Me miraba y me ignoraba. Era como si yo no existiese en su mundo, como si fuese una partícula de polvo que sabes que esta ahí pero ni te molestas en prestarle atención. Al sentarme a su lado y dejar la bandeja en la mesilla, cerró los ojos. Con una mano cogí el consomé, la otra la pasé por su cuello para ayudarla a incorporarse. Al sentir el contacto de mi piel, abrió los párpados violentamente, clavando unas pupilas totalmente dilatadas por el horror en mis ojos. Pude leer en ellos terror, pude leer en ellos miedo. Estaba aterrorizada. Temblaba mientras el bello de su cuerpo se erizaba. La poca sangre que pintaba sus mejillas desapareció en un instante.

- Lo siento - pedí perdón, mientras retiraba mi mano de su cuello -. Sólo quería ayudarte a tomar el consomé.

Sin saber lo que hacía, sorprendido como estaba por la extraña reacción de la joven, agarré el bol del consomé con ambas manos y se lo acerqué a los labios. Ella, sin dejar de mirarme un instante, los posó en un borde y, lentamente, dudando si estaba haciendo lo correcto, bebió. Cuando llevaba la mitad se dejó caer hacia atrás y cerrando los ojos, exhausta por el miedo sentido momentos antes, se quedó profundamente dormida.

Permanecí sentado a su lado con la mirada perdida en el suelo, devanándome los sesos, preguntándome qué le había asustado tanto. ¿Cómo me habría sentido si fuese una chica indefensa a la que habían atacado por la noche y despertase en una habitación desconocida, con un desconocido sentado a mi lado? Quizás hubiese querido pensar que estaba dormida todavía y que todo lo que me rodeaba no era más que producto de mi imaginación. Por eso ignoraría a aquel que me hacía compañía. Pero ¿cómo poder seguir ignorándolo al sentir su mano en mi cuello? Claramente, no sería un sueño, sino todo real. Supongo que sentiría miedo, quedaría horrorizada al encontrarme, medio enferma, en manos de un extraño. El hambre pudiera hacer que mecánicamente bebiera el consomé que me ofrecieran, dudando si no tuviera algún tipo de droga que le permitiera a mi carcelero hacer lo que quisiera conmigo. Al final, exhausta, caería de nuevo dormida.

Estos fueron mis razonamientos para explicar el extraño comportamiento de la joven. Todo parecía indicar que debía de haber ocurrido algo parecido. Lo que tenía que hacer la próxima vez que despertara

era tranquilizarla, diciéndole quién era yo y que se podría ir en cualquier momento. No estaba ni mucho menos presa y no la retendría en contra de su voluntad. Aunque me hubiera gustado que se hubiese quedado un tiempo más (¿toda la vida sería mucho tiempo?).

Dándole vueltas a estos pensamientos me quedé dormido. Los rayos del amanecer filtrados por la persiana medio bajada me despertaron a la mañana siguiente. Ella parecía llevar despierta durante bastante rato y me miraba con curiosidad. Todavía presentaba signos de hallarse bastante débil.

- Hola - le dije. No respondió -. No tengo intención de hacerte ningún daño - sonrío -. El otro día oí gritos en un callejón, entré encontrándote en el suelo. Como parecías enferma te traje a mi casa. No he podido informar a nadie de tu situación, pues no tienes ningún tipo de documentación que te identifique - volvió a sonreír -. Si me das un número de teléfono me pondré inmediatamente en contacto para que puedan venir a buscarte - movió a ambos lados la cabeza, negando tal posibilidad -. ¿No tienes a nadie? ¿Estas sola?

En lugar de sentir tristeza al verla completamente sola, he de confesar haber sentido todo lo contrario. Si nadie la buscaba podría quedarse conmigo hasta que se encontrase completamente recuperada. La idea de cuidarla y mimarla, aunque solo fuese durante unos días, me resultaba en extremo agradable. Y así, con ese estado de ánimo que produce el estar con el ser querido, hablé y hablé y hablé. Ella, en silencio, no dejaba de observarme. Su mirada era una mezcla de curiosidad, de asombro, de perplejidad.

Y así pasaron dos días en los que no dijo ninguna palabra, hablando yo por los dos. Su salud parecía irse recuperando poco a poco. Cada vez se encontraba más fuerte, pero seguía en la cama. En alguna ocasión, cuando su mirada se tornaba dulce, le hablaba de amor. Entonces sus ojos se entristecían y miraba a otro lado, obligándome a cambiar de tema.

Al tercer día, mientras me había emocionado con mi monólogo hablando de ya no me acuerdo qué, me sentí arropado por su mirada. Levantó la mano y me acarició la mejilla. Por primera vez dio muestras de cariño hacia mí y por primera vez habló:

- Aléjate de mí - fueron sus únicas palabras mientras en sus pupilas se leía una inmensa tristeza.

Le respondí que no podía, que la quería. Ese día aunque sus labios no volvieron a pronunciar ningún tipo de sonido, no dejó de hablar con su mirada. Me estaba absorbiendo. El iris se convirtió en una puerta hacia su interior, a través de la cual podía entrar o no. Me daba la oportunidad de abrirla o mantenerla cerrada ignorando su contenido, como si me permitiese elegir entre penetrar en los más recónditos pasajes de su ser, mezclando nuestras almas en una, o seguir permaneciendo al margen.

Durante toda la tarde pude sentir su alma atormentada por la difícil elección que me daba a hacer. Sus ojos me suplicaban que abriese esa puerta y diéramos rienda suelta a nuestro amor; sus ojos me suplicaban que me alejase de ella. El amor es temerario y es capaz de hacer los mayores absurdos por el ser querido. Como se puede imaginar, opté por abrir esa puerta.

Al día siguiente, al llevarle el desayuno a la cama, me saludó:

- Buenos días. Espero que hayas dormido bien.

Y continuó hablando como si fuéramos íntimos amigos. Resultó ser, como esperaba, encantadora. Pasamos dos días hablando de todo tipo de temas, conociéndonos, sabiendo uno del otro... Bueno, había un tema que ella siempre eludía: nunca mencionaba detalles sobre su vida. Si estudiaba o trabajaba, dónde

vivía, por qué estaba sola. Yo, aunque me moría de curiosidad, no preguntaba. Si quería contarle sabía que la escucharía.

Y así pasaron, tranquilamente, los primeros seis días de nuestro amor. De vez en cuando, ella se entristecía, y acariciándome me decía:

- Deberías alejarte de mí.

- ¿Por qué? - le preguntaba.

No respondía y me miraba con ojos llenos de amor y de tristeza, y callaba.

- ¿Estas seguro de que me quieres? - me preguntó el sexto día por la noche.

- Sí - respondí con voz segura -. No tengo ninguna duda. Haría cualquier cosa por ti.

Guardo silencio. Me miraba.

- Supón - prosiguió - que yo fuese una vampira - sonreí, porque esa misma tarde había intentado cerrar las cortinas para evitar que le dieran directamente los rayos del sol en la cara y ella me lo había prohibido -. No te rías. No lo soy, pero supónlo por un momento, por favor. Y piensa mucho antes de responder. Supón que fuese una vampira y que para que nuestro amor se pueda consumir, sea necesario convertirte en un muerto viviente, condenado a vivir en la oscuridad eternamente, siendo temido por todos. ¿Querías ser convertido?

Su tono de voz y su expresión me indicaban que no parecía estar hablando en un supuesto. Aunque sabía que no era una vampira, no pude por menos de volver mi cabeza y tranquilizarme al ver el reflejo de mi amada en el espejo de cuerpo entero del armario. ¿Por qué me hacía esa pregunta? Aunque hubiese sido una vampira de verdad con tal de estar con ella habría hecho cualquier cosa. Mi respuesta no se hizo esperar.

- Aunque fueses una vampira, aunque fueses el mismo diablo, quiero estar contigo. Ya sea como muerto viviente, ya sea como discípulo del mal, mi destino es estar a tu lado. Sí, querría ser convertido, por ti, haría cualquier cosa.

¿Fue un suspiro de alivio lo que surgió de entre sus labios o simplemente lo imaginé?

Sus ojos ebrios de alegría, brillaron con fulgor mientras pronunciaba mi discurso. Una sonrisa amorosa iluminó su expresión.

- Entonces, ven - me pidió invitándome, con los brazos abiertos en ademán de abrazarme, a acercarme a ella -. Ven, vida mía. Has elegido libremente tu camino.

Sus manos me apretaron fuertemente contra su pecho mientras nuestros labios se fundían en uno. ¿Estuvimos un segundo o una eternidad besándonos? No lo recuerdo, pero como si sus palabras anteriores fueran un aviso, sentí la vida salir de mi pecho y a través de mi boca pasar a la suya. Era como si realmente me estuviera matando, mezclando nuestros espíritus en uno sólo. Sentí como si su alma me rodease y me protegiese, sentí el calor de su amor acariciarme. En ese beso hicimos el amor, no el corporal sino el espiritual. Mi mirada se perdió en la inmensidad de su alma, y pude penetrar en su cerebro y conocer los más íntimos pensamientos, salvo aquellos protegidos por una oscuridad impenetrable. Ella me amaba tanto como yo. El calor desprendido por nuestra fusión consumía

lentamente mi vida. Era el pago que había que dar, el sacrificio que Venus imponía a semejante dicha. Porque una vez juntos, nadie nos podría separar. Las cadenas que se estaban forjando serían irrompibles.

El beso debió durar una eternidad pues al separarnos tuve que dar varias bocanadas de aire como si no pudiese respirar. Durante unos instantes, supongo debido al estado de excitación en que me encontraba, olí de nuevo el hedor a podredumbre del callejón. Pero debió ser cosa de mi imaginación pues dicho olor duró apenas unos instantes.

- Vete a dormir - me pidió mi amada mientras me sonreía con amor -. Mañana tenemos mucho de que hablar.

Como en una nube, envuelto como todavía estaba por las caricias que acababa de recibir mi espíritu, recuerdo haber seguido sus instrucciones y caminar hacia mi habitación, desvestirme y echarme a dormir.

No recuerdo si soñé, pero si lo hice debió ser un sueño muy placentero pues me levanté en plena forma, lleno de alegría, con unas ganas inmensas de volver a ver a mi amor. Llevábamos siete días desde que la rescatara del callejón. Aunque se encontraba perfectamente yo no hacía ningún comentario para que volviera a su casa, tan feliz como estaba de tenerla conmigo.

Sonó el timbre. Me acerqué a la puerta y miré por la mirilla. Poco faltó a mí corazón para que se saliera de mi pecho al ver a la chica rubia en el otro lado del umbral. Como había prometido, a la semana había vuelto. Pero ¿por qué? ¿Qué quería de mí? Tenía miedo de que por culpa suya la chica morena pensara que la estaba engañando. No iba a abrirla. Ya se cansaría y se iría.

Me di la vuelta, echando a andar en dirección a la cocina.

- Para una vez que soy educada y no me abren - sonó una voz cínica detrás de mí.

Me giré y casi me caigo de espaldas al ver a la chica rubia atravesar la puerta de mi casa como si no existiera.

- Vaya, no me mires con esa cara de asombro - continuó hablando -, ya te dije que vendría a la semana. Eres mío y vengo a por ti.

Diciendo esto comenzó el striptease del primer día. Pero al estirar de la punta de los dedos de los guantes, estos no salieron como suele ocurrir, sino que se rajaron por cada uno de los dedos dejando unas lindas manos al descubierto. La chica extendió los brazos hacia mí, como si quisiera abrazarme, y mientras se acercaba observé con asombro la transformación de su cuerpo. El pelo rubio que le caía por la espalda se tornó totalmente blanco; las cuencas de los ojos se hundieron; la carne de su cabeza desapareció, mostrándose ante mí una calavera protegida por una piel arrugada; los dedos de sus manos se alargaron, al igual que sus uñas, afilándose como si fuesen los de una alimaña; y el olor a podrido del callejón me envolvió de nuevo. Aunque tenía náuseas, estaba amedrentado y quería huir, me encontraba como hipnotizado. Ella, si es que al monstruo que veían mis ojos se le puede llamar así, avanzó hasta abrazarme y posando sus labios sobre mis labios, me besó.

El grito de horror que salió de su garganta al comprobar que yo ya estaba vacío, me heló la sangre. Se volvió hacia mi amada, que acababa de entrar, y le gritó:

- Me lo has quitado. Era mío, lo sabías y me lo has quitado. Esto no quedará así.

Acto seguido desapareció.

De aquello han pasado más de dos siglos, durante los cuales he vivido la aventura de amor más increíble. La quiero con locura y no he lamentado la decisión que tomé. Si tuviera que escoger de nuevo, volvería a hacer lo mismo. Para que acabe antes, la suelo ayudar en su trabajo y así poder pasar más tiempo juntos, dedicados a nuestras caricias y a nuestros besos. La rubia, al principio intentó generarnos problemas, pero al final se ha acabado cansando de nosotros y nos ha olvidado.

Confieso que cuando me lo explicó todo, quedé perplejo. Porque había visto la transformación de la rubia, que sino no la hubiese creído.

Por culpa del trabajo y de la soledad el día que la conocí en el callejón se encontraba totalmente extenuada. Por eso no pudo llevarse el alma de aquel gigante que pensaba la estaba atacando. ¿Por qué pude verla? Porque ese día yo iba a morir. Si no hubiera estado enferma el hombre del callejón no habría podido gritar y todo había sucedido como suele suceder: en las sombras, sin que nadie se entere. Cuando la rubia, encargada de llevarse mi alma, la vio entre mis brazos no entendió qué hacía ella allí, tenía miedo de haberse equivocado de víctima, y optó por esperar. Por eso me dio una semana, para observar lo que ocurría y preguntar en las altas esferas a quién le pertenecía mi vida. Con lo que no contaba era con que nos enamorásemos y mi amada se quedase con mi alma, convirtiéndome en uno de ellos.

De pequeño pensaba que la Muerte se presentaba con una guadaña. No creáis semejante cosa. Es mentira. Por lo menos, cuando voy a trabajar, yo no la llevo.

Autor: AMLP